lejos la otra boca que está del lado de la California, y reconocieron claramente la continuacion de la tierra de la península hasta el rio y que no habia ningun canal que la separase del continente. El padre Ugarte hubiera querido desembarcar en aquella costa en que termina el golfo, para hacer mas indudable su descubrimiento; pero ni sus graves enfermedades se lo permitian, ni la balandra se podia acercar por los muchos bajíos y por las violentas marejadas que iban á estrellarse contra la playa con ímpetu extraordinario. Sin embargo de esto, el piloto se embarcó en el esquife, y en varios lugares se arrimó á la tierra cuanto le fué posible, para observar mejor la costa y formar después la carta hidrográfica del golfo. Prescindiendo de las observaciones oculares, bastaban los muchos bajios y la grande violencia de la marea para inferir que en aquella parte terminaba el golfo y que sus aguas se hallaban allí encerradas y privadas de toda comunicacion.

Habiéndose obtenido el fin principal de aquel riesgoso viaje y estando por otra parte enfermos algunos de los navegantes á causa de lo malsano de aquel aire y en tanto riesgo los bastimentos, se tomó la resolucion de volver á la California, como en efecto se hizo levando anclas el 16 de julio. El esquife fué costeando la península paro tomar tierra siempre que fuese necesario. La balandra se dirigió por la mitad del golfo, declinando ya á una costa, ya á la otra para evitar las muchas islas y bajíos. Apenas habia pasado con mucho trabajo la isla del Tiburon, cuando las corrientes contrarias, tan rápidas como un rio, la hicieron retroder en seis horas tanto cuanto habia caminado en ocho dias.

Entrando después en los angostos y muy peligrosos canales de las islas de *Salsipuedes*, consiguieron, aunque con mucha dificultad, pasar el primero y el segundo; pero no pudieron superar el tercero en veinte dias de continua fatiga, por lo que habiendo hallado en una de aquellas islas un puerto cómodo, anclaron y saltaron en tierra. Esto se habia hecho absolutamente necesario, porque de toda la tripulacion solamente cinco hombres estaban sanos, hallándose todos los demás ó enfermos de escorbuto, ó desollados y quemados con la agua cáustica de la parte setentrional del golfo. El padre Ugarte se habia guardado de la agua desde que le habia sido tan perjudicial, y tambien se hallaba libre de escorbuto; pero sobre sus otras enfermedades le sobrevino otra nueva y extraña; un calor del bajo vientre hácia arriba, tal y tan ardiente que al despegarse la camisa del cuerpo se le arrancaba la piel chorreando sangre. Todos quedaron persuadidos de que la resolucion de tomar aquel puerto habia sido un efecto de la providencia paternal del Señor, pues de otra suerte habria sido inevitable el naufragio por una fuerte borrasca que á poco se levantó. Cuatro dias se mantuvieron allí, en cuyo tiempo se repusieron algo los enfermos con el aire de tierra; pero el padre Ugarte al contrario, se empeoró tanto, que habia resuelto pasar en la canoa á la costa de los seríes. Esta resolucion consternó á la tripulacion de manera que se vió obligado á prometerles que no los abandonaria aun cuando estuviera cierto de que habia de morir en aquel viaje.

Encomendándose pues fervorosamente al Señor, se hicieron á la vela el 18 de agosto, y con buen viento salieron finalmente de aquellas islas. Navegaban hácia la California muy consolados de verse libres de aquellos peligros, cuando cerca del puerto de la Concepcion fueron sorprendidos para una nueva borrasca acompañada de horrendos truenos y relámpagos, de fuertes aguaceros y de tanta oscuridad, que al mediodía parecia de noche; pero lo que intimidó mas á los navegantes fué verse amenazados de un huracan que iba sobre ellos y apenas distaba unas dos millas. El padre Ugarte aseguró después que en un viaje tan peligroso no habia habido dia de tanto temor como aquel. Libres al fin de este último peligro, abordó la balandra al puerto de la Concepcion, y de allí se dirigieron todos, parte por mar y parte por tierra, á la mision de Mulegé, donde fueron bien tratados y caritativamente curados por el padre Sestiaga. Habiéndose repuesto, pasaron en la balandra á Loreto á mediados de setiembre, cuatro meses después de su salida, y encontraron allí al esquife, que habia llegado felizmente pocos dias antes.

Este viaje sirvió no solo para resolver el problema, tan ventilado, sobre la union de la California con el continente, y refutar la opinion de los que pretendian que los navíos de Filipinas podian viajar por el imaginado canal entre la California y Sonora, sino tambien para adquirir un conocimiento mas distinto de aquel mar y sus costas y descubrir muchos errores comunes acerca de la situacion de las islas y bajíos y de la direccion de las costas. El padre Ugarte extendió una exacta relacion de aquel viaje, y la mandó al virey con el diario del piloto Strafort, y con la carta hidrográfica del golfo y sus costas formada por el mismo piloto.

§ XII.

CELO PRUDENTE DE LOS MISIONEROS EN LA PROPAGACION DEL EVANGELIO. MISION DE LA VÍRGEN DE LOS DOLOLES, Y SU MISIONERO EL PADRE GUILLEN.

Estas empresas, ejecutadas para obsequiar la voluntad del rey y de sus ministros, no distraian el celo particular de cada uno de los misioneros de procurar de todos modos los progresos del cristianismo en su respectivo distrito. El trato con las diferentes naciones de la península habia dado á conocer los diversos caracteres. Se habia observado que los cochimíes, habitantes de los países setentrionales, eran mas despiertos y dóciles, mas pacíficos y fieles, menos viciosos y libertinos, y por tanto mas bien dispuestos á recibir el Evangelio y á sujetarse á la vida civil y cristiana. Al contrario, se habia advertido que los pericúes y guaicuras, habitantes de los países meridionales, eran mas perezosos y poltrones, mas inconstantes é ingratos, mas taciturnos y dobles, y sobre todo, mas disolutos que los otros, y que sus tribus vivian en continuas disensiones y guerras, con las que se destruian recíprocamente.

Por esta razon parece que la luz del Evangelio debió llevarse primero á los dóciles habitantes de los países setentrionales; pero los misioneros juzgaron mas necesario la conservacion de los otros, porque de ella dependia la tranquilidad de algunas misiones ya fundadas. Los uchitas, que habitaban entre Loreto y la Paz, manifestaban pretensiones de impedir la comunicacion entre estas dos misiones con diferentes hostilidades hechas á los cristianos que iban de la una á la otra. Los guaicuras de la Paz eran frecuentemente inquietados por los pericúes, sus antiguos enemigos. Además, los feroces indios de las islas de San José, del Espíritu Santo y de Cerralbo, aunque á solicitud del padre Ugarte habian hecho las paces con los guaicuras, habian vuelto á comenzar sus hostilidades, y tres veces tuvieron la osadía de saquear la mision de Liguig, en ausencia del misionero. Es verdad que el capitan del presidio fué con algunos soldados á castigarlos, matándoles tres ó cuatro, haciéndoles once prisioneros y tomándoles catorce canoas; pero estos castigos, aunque los enfrenaban por algun tiempo, no impedian del todo sus correrías. No habia pues mas remedio que sujetarlos al yugo del Evangelio.

Con este fin se trató de plantar el año de 1721 dos misiones en medio de aquellos bárbaros. Para la primera, dedicada á la santísima Vírgen de los Dolores, fué destinado el padre Guillen, misionero de Liguig, pues los indios de esta mision fueron agregados á otra, por haber quedado reducidos á un pequeño número á causa de la enfermedad, y por hallarse expuestos frecuentemente á las correrías de tantos enemigos gentiles. Se resignó por el padre Guillen á los nuevos trabajos y peligros de aquella ardua empresa, en que debia fabricar nuevos edificios, y congregar, civilizar, doctrinar, bautizar y gobernar nuevos bárbaros. Se fundó la mision en el mes de agosto del año citado en la playa de *Apate*, distante de Loreto cuarenta leguas al Sur; pero después, en obsequio de la comodidad de los indios, se trasladó á *Tagnuetia*, lugar de las montañas distante de la playa casi siete leguas al Poniente.

No podemos decir en particular lo que el padre Guillen tuvo que hacer y sufrir en la fundacion de aquella mision y en los veinticinco años que la gobernó; pero se sabe que con indecible trabajo sacó de los bosques á los bárbaros dispersos en ellos, y los congregó en nueve poblaciones, de las cuales tres se agregaron á la mision de San Luis Gonzaga, fundada en 1747 á expensas del nobilísimo mejicano don Luis de Velasco, conde de Santiago. Se sabe tambien que siendo el territorio de la mision tan grande que se extendia de un mar á otro, no dejó en ella ningun indio que no fuese cristiano ó al menos catecúmeno. Sus tareas apostólicas eran mas laboriosas por la suma esterilidad de todo aquel terreno, á excepcion de un corto espacio de la playa de Apate, en el cual se sembraba un poco de maíz. Esta mision de la Vírgen de los Dolores sirvió de asilo á los misioneros y neófitos en la rebelion de los pericúes del año de 1734, de que hablaremos después.

§ XIII.

EL PUERTO DE LAS PALMAS DESTINADO Á UNA NUEVA MISION, Y EL PADRE NÁPOLES Á GOBERNARLA.

La otra mision debia plantarse en el país de los pericúes, el mas meridional de la California. Esto lo deseaba mucho el padre Ugarte, y por tanto, antes de emprender el viaje al rio Colorado, mandó al padre Ignacio María Nápoles, italiano recien llegado á la península (después de haberle dado todas las instrucciones necesarias), que luego que arribase de la Nueva España un bastimento cargado de provisiones, tomase de ellas las necesarias, y en el mismo bastimento se trasladase al puerto de la Paz, y de allí al de las Palmas, destinado á la nueva mision. El padre Nápoles llegó el 2 de agosto de 1721 á la Paz, en donde los neófitos de la mision le recibieron con muchas demostraciones de respeto, hincándose á besarle las manos, y le llevaron, con el capitan y cuatro soldados que le acompañaban, á la iglesia, en cuya puerta le esperaba el padre Bravo. De la Paz se fueron por tierra, allanando el camino para la comunicacion de las dos misiones, y llegaron al puerto de las Palmas el 24 de agosto.

Ningun indio pareció hasta la tarde del cuarto dia, en que habiendo salido el padre Nápoles á reconocer la playa y hallándose lejos de la tienda de campaña, vió venir hácia sí una tropa de salvajes absolutamente desnudos, conducidos por un guama mas alto y corpulento que ellos, con el cuerpo embijado de colorado y negro, y mal cubierto con una capa de mechones de cabellos, algunas pesuñas de venado colgadas en la cintura, un abanico de plumas en una mano, en la otra un arco y una flecha, empulgada, y dando espantosos aullidos, á los cuales respondian los otros con gritos y movimientos amenazadores. El padre creyó indudablemente que venian á matarle, y levantando el corazon al cielo se encomendó al Señor y le hizo un ferviente sacrificio de su vida; mas para disimular su natu-

ral temor, siguiendo los consejos del padre Ugarte, se persignó, les salió al encuentro, y como pudo, les echó en cara por señas su perverso intento. Sacando después de la bolsa algunas cosillas que casualmente llevaba, se las distribuyó, y habiéndoles inspirado poco á poco confianza, consiguió llevarlos hasta la tienda, en donde les dió de comer y los acarició y regaló de nuevo. Ellos por medio del intérprete, protestaron que estaban prontos á volver con otros paisanos suyos, siempre que se quitasen de allí las mulas y un perro que habian visto; porque no estando acostumbrados á ver aquellas bestias, les tenian miedo. El dia siguiente vinieron en varias tropas hasta cincuenta personas, y regalaron al misionero algunas frutas silvestres y raíces, de aquellas con que acostumbraban alimentarse, en recompensa de las cuales les dió pozole, algunos lienzos ordinarios, algunos cuchillos y otras cosas.

Reconocido el país y habiéndose hallado algun terreno labrantío y el agua necesaria, se limpió el lugar en que debian edificarse la iglesia y casas de la mision, y se comenzó luego la fábrica. Mas los indios que habian comenzado á venir diariamente, desaparecieron un dia de improviso, sin poderse adivinar el motivo. El padre salió á buscarlos con un soldado y el intérprete, y habiendo encontrado á algunos, supo de ellos que la verdadera causa de su fuga era su antigua enemistad con los guaicuras. Como habian visto que el misionero habia venido acompañado de algunos guaicuras de la Paz y del padre Bravo, á quien tenian por caudillo de aquella nacion, y después observaron que los guaicuras iban á la Paz y se volvian luego, y que los misioneros y soldados después de haber explorado el país, estaban levantando edificios; sospecharon que estos se habian confederado con toda la nacion guaicura, para caer de un golpe sobre ellos, y que construian aquellas fábricas para ejercer con mas seguridad sus hostilidades. Es de creerse que estas sospechas les fueron sugeridas para los guamas para impedir la introduccion del cristianismo. Al padre Nápoles le costó mucho trabajo desengañarlos, pero al fin lo consiguió.

§ XIV.

HOSTILIDADES EN LA PAZ. EL PADRE NÁPOLES TRASLADA SU MISION CON EL NOMBRE DE SANTIAGO APOSTOL.

Mientras aquellos dos misioneros se dedicaban á plantar la nueva mision, cuarenta salvajes de la isla de Cerralbo desembarcaron en el puerto de la Paz, y hallando la mision sin misionero y soldados, asaltaron una tribu de guaicuras, mataron cinco niños bautizados, dos mujeres y un hombre gentiles, se llevaron un mancebo cristiano y robaron á los otros su pobre ajuar, y aun habrian saqueado la iglesia y la casa del misionero, si no hubieran temido que los guaicuras vinieran en mayor número contra ellos. Luego que el capitan del presidio supo este atentado, fué á la isla con algunos soldados. Los isleños huyeron á los lugares mas escabrosos, y aunque solo murieron dos ó tres, quedaron los restantes muy espantados de las armas de fuego.

El capitan se volvió á Loreto y el padre Bravo á la Paz. El padre Nápoles continuaba sus trabajos en el establecimiento de la nueva mision, la cual se trasladó en 1723 á un lugar mas cómodo y mas distante del mar; pero allí faltó poco para que una desgracia le hubiese hecho perder todo el fruto de sus sudores. Tenia él ya fabricadas las paredes de la nueva iglesia y puestas sobre ellas las vigas para formar el techo, cuando un dia que habia salido á confesar un enfermo, sobrevino un furioso huracan de los que suelen llevar la desolacion á aquel desgraciado país. Los indios se refugiaron en la iglesia; pero la violencia del huracán fué tal, que destruyó sobre ellos el edificio, quedando algunos muertos, otros heridos y todos espantados. Acudió prontamente el padre Nápoles á sacar de debajo de las ruinas á los que estaban vivos, para remediar del modo posible su infortunio y para bautizar á los que estuvieran peligrosamente lastimados, pues todos eran catecúmenos. Aunque todos vieron la caridad y compasion con que buscaba á los lastimados, se formó repentinamente entre los parientes de los muertos una conjuracion contra él, inculpándole por aquella desgracia; pero se disipó presto, porque los mismos que afortunadamente habian escapado del peligro, protestaron que ninguno los habia obligado á entrar en la iglesia, sino que ellos espontáneamente se habian refugiado allí.

Se fabricó después en otro sitio mejor una iglesia nueva con el título de Santiago Apóstol, cuye nombre tomó la mision, y tambien se construyeron los otros edificios necesarios, y se comenzó á cultivar la tierra con buen éxito; aunque no le tuvo igual la semilla del Evangelio sembrada en los corazones de aquellos salvajes inconstantes, desidiosos y disolutos. Aunque el padre Nápoles se dedicaba ó su ministerio con mucho celo y en los cinco años que estuvo allí bautizó cerca de cuatrocientos niños; no pudo bautizar mas de noventa adultos, porque no daban indicios de perseverar en la fe y en las buenas costumbres. En 1726 fué enviado por sus superiores á las misiones de Sonora, y le sucedió en la de Santiago el padre Lorenzo Carranco, el cual debia fecundar con su sangre aquella viña del Señor.

§ XV.

MISION DE SAN IGNACIO DE KADAKAAMAN. SU MISIONERO EL PADRE LUYANDO.

Los indios cochimíes, muy diversos de los pericúes, cada dia se mostraban mas bien dispuestos al cristianismo. A fines de 1706 se deseaba mucho plantar una mision en Kadakaaman, lugar mediterráneo, situado en las montañas á los 28° latitud Norte y distante unas treinta y tres leguas hácia el Norte de la mision de Guadalupe, que era entonces la mas setentrional; pero la escasez de misioneros y la fundacion de otras misiones que se tuvieron por mas necesarias, frustraron aquellos deseos hasta el año de 1728. El padre Juan Baustista Luyando, jesuíta mejicano,[1] no solamente destinó en la renuncia de su patrimonio una parte de él á la fundacion de aquella mision, sino que se ofreció á los superiores para ir en persona á fundarla. Enviado efectivamente á la California, salió de Loreto con nueve soldados á principios del año citado, y llegó á Kadakaaman el 20 de enero. Fué recibido por los indios con grandes demostraciones de regocijo, y en pocos dias se le reunieron casi quinientas personas de diversas tribus. Se dió principio desde luego al catequismo, aplicándose todos con un empeño extraordinario á aprender la doctrina cristiana; aunque muchos estaban ya bien instruidos por el padre Sestiaga, que algunos meses antes habia ido de Mulegé, distante cuarenta leguas, á disponerlos para la nueva mision. Con tan buenas disposiciones se comenzaron dentro de poco tiempo los bautismos; pero aquel gran concurso de catecúmenos aunque llenaba de consuelo á su nuevo misionero, le era por otra parte muy oneroso, porque tenia que sustentar quinientas personas por seis meses; y así para economizar alguna parte de los víveres, licenció siete soldados que no parecian necesarios, quedándose con solo dos. Estos y sus compañeros viendo al padre Luyando tan ocupado en la instruccion de los catecúmenos, habian comenzado la fábrica de la iglesia y casa del misionero, y ayudados de los indios, que estaban prontos á hacer todo lo que se les mandaba, la habian puesto en tal estado, que en la Pascua de Navidad de aquel año, se celebró con gran solemnidad la dedicacion de la iglesia, consagrada á San Ignacio, de donde tomó el nombre la mision.

Apenas habian pasado dos meses después de la llegada del padre Luyando á Kadakaaman, cuando se le presentó una tribu entera de gentiles de un país muy distante, á pedir con muchas instancias el bautismo. "Yo os daré gusto de " muy buena gana, les dijo el misionero, con tal " que aprendais la doctrina cristiana y me trai- " gais los instrumentos supersticiosos de que se " valen vuestros guamas para manteneros en el " error." Ellos respondieron que sabian ya la doctrina y que traian para que se quemasen las cosas que servian en los engaños de los guamas, pues no ignoraban que sin estas condiciones no podian ser bautizados. Admirado el padre, quiso saber cómo habian aprendido la doctrina, siendo de un país tan distante de las misiones y no habiendo visto jamás á ningun misionero. Aquellos buenos hombres le informaron de que habian sido instruidos por un niño cristiano que con este intento habian hecho llevar á su país. Efectivamente, los halló tan bien doctrinados, que después de tres semanas empleadas en perfeccionar su instruccion, los bautizó á todos.

Fué tambien admirable la providencia de Dios para con una jóven gentil sorda y muda de nacimiento. Todos notaban su devocion y perseverancia en acompañar á los cristianos y catecúmenos en los ejercicios de misa, catequismo, rosario, letanías y procesiones, siendo en todo la primera que se presentaba. Siempre que se bautizaban algunos, se hincaba entre los catecúmenos, y poniéndose la mano en la cabeza, pedia con instancia el bautismo. Habia procurado el padre Luyando, tanto por sí mismo como valiéndose de otros, hacerle entender de alguna manera con señas los misterios de la religion cristiana; pero no estando aun satisfecho, no se atrevia á bautizarla; hasta que un dia viéndola hincada como solia, y considerando por una parte la inocencia de su vida y el deseo que manifestaba de ser cristiana, y por otra que en razon de faltarle los comunes conocimientos humanos, podia ser reputada como párvula, la bautizó por fin. Ella recibió mucho gusto, y no pudiendo expresaale con la voz, le significó con saltos y otras singulares demostraciones de alegría, mirando y señalando el cielo, como si quisiera dar á entender que ya podia ir al paraíso. Después de bautizada no salia de la cabaña que entonces servia de iglesia, y apenas habian pasado dos meses cuando murió con muchos indicios de predestinacion.

Estos sucesos alentaban al nuevo misionero no solo á trabajar en la instruccion de los que venian á Kadakaaman, sino á buscar por todas partes nuevos catecúmenos. Cierta ocasion en que se le llamó á auxiliar á un neófito mordido de una culebra, fué á caballo acompañado por un solo individuo, y halló una tribu numerosa de gentiles. Como estos nunca habian visto caballos, se espantaron mucho con aquel; pero el padre con sus buenos modales y con algunos regalitos que les hizo, les inspiró tanta aficion á su persona, que no queriendo separarse de él, no le dejaron dormir en toda la noche. Se estuvo allí tambien el dia siguiente, con el fin de inducirlos, como lo hizo, á que se mudasen á Kadakaaman para instruirse en la religion cristiana.

La docilidad de los cochimíes, junta con su viveza y sus costumbres, contribuyó mucho á los progresos que hizo la mision de San Ignacio, así en lo espiritual como en lo temporal. Aquel terreno es uno de los mejores de la California para la agricultura, tanto por la calidad de la tierra cuanto por la abundancia de la agua. El padre

[1] De familia nobilísima y descendiente del primer caballero que fundó en Méjico la Compañía de Jesús.

Sestiaga habia preparado oportunamente una parte de él para tapar trigo y sembrar maíz, y la primera cosecha que levantó el padre Luyando fué de casi cien fanegas; pero en el año cuarto levantó hasta mil por haberse aumentado el cultivo con los brazos de los indios, los cuales trabajaban de buena gana, viendo que todo el producto era para ellos, á excepcion de la corta cantidad que consumian en sus alimentos el misionero y los dos soldados. El padre Helen, misionero de Guadalupe, les habia llevado pepitas de calabaza y semillas de otras plantas, y les habia enseñado el modo de cultivarlas, lo cual le sirvió al padre Luyando para formar una huerta de plantas extranjeras y de las pocas útiles que se dan espontáneamente en la península, y una viña de cincuenta parras, cuyos plantíos fueron tan útiles á la mision que los neófitos de ella eran de los mas acomodados. Además, puso en lugares oportunos un buen número de bueyes y ovejas, para que multiplicándose, pudiesen servir al sustento de los mismos indios. Finalmente, estos fueron congregados en varias poblaciones, y en cada una se fabricó una capilla en que rezasen diariamente sus devociones, y celebrase el misionero cuando fuese á visitarlos, en cuyas fábricas no solo hizo el padre Luyando de arquitecto, sino tambien de albañil y de peon á ejemplo de los otros misioneros.

§ XVI.

SE VE AFLIGIDA LA MISION DE SAN IGNACIO.

Aunque aquella mision caminaba desde su principio con tanta prosperidad, no por eso dejó de verse afligida por las contradicciones y reveses que suelen acompañar las obras de la gloria divina. Ocho gentiles dieron la muerte una noche á un catecúmeno junto á la casa del misionero, por solo el motivo, segun se creyó, de que este le estimaba mucho por sus buenas disposiciones para el cristianismo, y fué preciso disimular este atentado en obvio de mayores desórdenes; pero Dios no quiso dejarle impune, pues el año siguiente quitó la vida á todos los culpables en una epidemia que sobrevino. Los indios de una de las tribus se mostraron tan obstinados, que á pesar de las repetidas exhortaciones é invitaciones del misionero y del ejemplo de las otras, no quisieron en dos años venir á Kadakaaman á instuirse en la doctrina cristiana, y sus ancianos se mantuvieron siete años en su obstinacion; pero al fin todos se rindieron á la gracia del Señor. Es muy natural que los viejos sean mas difíciles de convertirse, porque su edad es mas indócil á la instruccion y sus vicios tienen raíces mas fuertes y profundas. Esto se observó constantemente tanto en aquellas misiones como en otras, principalmente si la edad senil estaba acompañada con el oficio de guama, porque entonces la obstinacion tenia un nuevo apoyo en el interés.

Al concluir el primer discurso que el padre Luyando les dirigió á los cochimíes anunciándoles los atributos de Dios, los misterios de la Trinidad y Encarnacion, el premio de los justos en la gloria, la pena de los pecadores en el infierno, el odio que el demonio tiene á los hombres y cómo se valia de los guamas para engañarlos, se oyó un fuerte murmullo, y se vió tal inquietud en el auditorio, que el misionero temió por su vida. El motor de esto fué un guama famoso que allí estaba, el cual, aunque no era muy viejo, habia adquirido mucho predominio sobre todos por su espíritu y capacidad. Terminado el discurso y despedido el auditorio, el guama convocó á todos los indios á un lugar secreto y les dirigió otro discurso contrario al del misionero, valiéndose de cuantas razones pudo para impugnarle, siendo la principal, que ellos no habian visto lo que el misionero les predicaba, y que al contrario, no pocas veces habian visto y oido hablar á *Fehual*, ó sea el espíritu director de las acciones humanas, lo cual era testificado por todos los guamas; y que de niños no aprendian otra doctrina sino la que les enseñaba *Fehual*. Al fin añadió que *Fehual* estaba muy enojado desde que los cristianos habian entrado en el país, y que por este motivo habia ahuyentado todos los venados. Este discurso hizo mucha impresion en aquellos bárbaros, porque efectivamente, no se habian visto allí venados desde el establecimiento de la mision de San Ignacio; pero oportunamente llegaron algunos neófitos de Mulegé que habiéndose educado en Loreto eran mas cultos, y por tanto mas respetados. Estos aseguraron que en las diez leguas que habian andado para llegar á Kadakaaman, habian visto siete venados, de lo cual debia inferirse que el guama era un impostor. Los cochimíes les dieron crédito, y el guama quedó confundido, pero no enmendado.

El padre Luyando le reprendió muchas veces por su vida disoluta, hasta que le movió á solicitar el bautismo, prometiendo enmendarse. No solamente fué bautizado, sino que se le confirió el cargo de gobernador de los indios de Kadakaaman, acaso por obligarle con este honor á ser mas morigerado. Sin embargo, no tardó mucho en volver mas desenfrenadamente á sus vicios, y no bastando á corregirle ni las amonestaciones privadas ni las reprensiones públicas, reunió un dia el padre Luyando á todos los indios, y en presencia de ellos reprendió severamente al gobernador aquellos escándalos, y después añadió que siendo en él mas grave la culpa que en un particular, debia sufrir cuando menos la misma pena que otro culpable. Todos enmudecieron, á excepcion de un neófito llamado Tomás, mas celoso y atrevido, el cual en voz alta confirmó lo que el misionero decia, y animando á los otros se apoderó del gobernador, á quien se le aplicó el castigo comun de azotes, después de haber sido despojado del cargo. El se enmendó y por algun tiempo disimuló su enojo; pero á poco tiempo intentó sublevar á toda la nacion contra el misionero, y varias veces trató de matarle; mas ni lo uno ni lo otro tuvo efecto, y Dios libró después de algunos meses al padre Luyando de un perseguidor tan fiero, y á este de su perdicion, pues fué la primera víctima de la epidemia que sobrevino, muriendo muy arrepentido, y caritativamente asistido y confortado por su padre en Cristo.

Mas fácilmente se consiguió la correccion de otro guama, que habiendo pedido el bautismo muchas veces y hallándose entre los catecúmenos sin dejar sus vicios, engañó á una cristiana y se fué con ella al monte. Cogidos los dos por algunos neófitos y llevados á la mision, el padre se contentó con reprender al catecúmeno su delito y amenazarle con el castigo, que en efecto no tardó en merecer con nuevos atentados, por los cuales recibió la pena, aunque ligera. Sin embargo, la llevó tan á mal, que se huyó al momento, desahogando su enojo en amenazas contra el misionero. Y dirigiéndose al lugar donde pacian las cabras de la mision, mató una prieta, diciéndole al pastor que la mataba para vengarse del padre, que tenia el hábito del mismo color, y que lo que entonces hacia con la cabra lo haria bien pronto con su dueño. Como la inquietud entre aquellos bárbaros es contagiosa, se procuró de todos modos haber á las manos aquel sedicioso. Le cogieron efectivamente sus mismos paisanos, y llevándole á Kadakaaman, estuvo preso una noche, y al dia siguiente se formó con grande aparato un tribunal en que hacian de jueces los dos soldados de la mision y el indio gobernador, ante el cual compareció el reo en presencia de todo el pueblo, se le hizo proceso verbal, confesó de liso en llano su delito y fué sentenciado á la pena de azotes. La sentencia se comenzó á ejecutar en el momento; mas apenas se le habian dado tres ó cuatro golpes, cuando compareció el padre Luyando, que de intento no habia querido intervenir en el juicio, hizo suspender el castigo, y suplicó á los jueces perdonasen al reo de cuya enmienda no debia dudarse. Los jueces se dejaron vencer, y el reo quedó de esta manera obligado á la cristiana humanidad del misionero, mudó de vida desde aquel momento, y habiendo sido bautizado, fué después un buen cristiano. Con el mismo ardid ganó el padre á otro viejo sedicioso que no cesaba de declamar por todas partes contra él y contra los de su nacion, que se dejaban engañar por un extranjero que habia venido á abolir las antiguas constumbres del país y los usos de sus antepasados. Este tambien obligado de la gratitud se hizo cristiano, y lo fué verdaderamente hasta la muerte.

---

§ XVII.

PROGRESOS DE LA MISION. FERVOR DE UN GENTIL.

En medio de estos sucesos, ya prósperos, ya adversos, se iba diariamente aumentando la mision de San Ignacio, á cuyos progresos contribuyó no poco la natural bondad de los indios, que de facto eran tan buenos que advertian al misionero todo lo reprensible que observaban en sus paisanos para que los corrigiese, y los mismos culpables se le presentaban á pedirle el castigo de sus faltas, aunque fuesen secretas. De esta buena índole se valió el padre para inclinarlos á que compusiesen los caminos de Kadakaaman á cada una de sus respectivas tribus, lo cual importaba mucho para la buena administracion. Para alentarlos á este trabajo les prometia premios, y ensalzaba con alabanzas á los que mas sobresalian. De aquí nació entre ellos una emulacion útil, que hizo ver que no eran estúpidos, ni insensibles á los estímulos de la gloria. Una tribu, habiendo observado que otra la habia aventajado en los trabajos del camino y que por esto debia merecer mayores alabanzas, determinó trastornar su empresa. Como veian que las cartas servian para hablar con los ausentes y mandarles órdenes desde lugares distantes, tomando un pedazo de papel hicieron algunos escarabajos imitando las letras, y despacharon á los de la otra tribu un correo con aquel papel y una órden verbal del misionero para que suspendiesen sus trabajos y abriesen el camino por otra parte. Estos entraron en sospecha, y volvieron al correo con el papel, diciendo que el misionero no podia haber mandado carta á quienes no sabian leerla; mas el correo instruido por los que le habian enviado, volvió diciendo que el misionero no mandaba la carta para que fuese leida, sino solamente para que sirviese de seña de la órden verbal que él les llevaba. Sin embargo, dispusieron que algunos de entre ellos fuesen á Kadakaaman á oir de boca del mismo misionero lo que queria, y de este modo descubrieron el engaño de sus émulos.

La grande enfermedad que hubo el año de 1729 en vez de retardar los progresos de esta mision, le fué muy ventajosa, porque sacó de este mundo algunos guamas de los que mas se oponian al cristianismo; y aunque murieron muchos niños, y algunos adultos, los que sobrevivieron manifestaron desde entonces mas afecto á la fe, porque vieron con sus propios ojos la activa caridad con que su misionero llevaba á los enfermos todos los auxilios espirituales y corporales, trabajando de dia y de noche, y sufriendo infinitas incomodidades por su salud. Los guamas esparcieron entre los gentiles la voz de que no morian todos los que estaban bautizados, y por eso algunos ocultaban sus hijos al misionero que queria bautizarlos porque estaban en peligro. Mas esta voz fué desmentida por los neófitos, que ob-

servaron que en un número igual de gentiles y cristianos enfermos morian mas gentiles; y no podia menos, porque los cristianos tenian las ventajas de habitaciones, alimentos mas sanos y medicinas, de que carecian los gentiles.

Entre los cochimíes que en aquel tiempo abrazaron la religion cristiana se hizo particularmente digno de memoria y admiracion un gentil de la tribu *Hualimea* en la costa del mar Pacífico. Aunque jamas habia visto un misionero y vivia tan lejos de todas las misiones, habiendo adquirido por medio de unos cristianos algun conocimiento de los misterios de nuestra fe y de la necesidad del bautismo para salvarse, se hizo predicador de sus paisanos, exhortándolos incesantemente á que fuesen á Kadakaaman á instruirse y bautizarse, y prometiendo que él seria el primero en abrazar el cristianismo. Los guamas y los viejos le contradecian, alegando las voces esparcidas de que morian los que se bautizaban; pero él se defendia con buenas razones, y la disputa se acaloró de tal modo que de las palabras pasaron á las manos. Al fin tomó la resolucion de ir á Kadakaaman con su familia, asegurando á sus parientes que queria bautizarse aunque fuera cierto que habia de morir en el mismo dia. Partió en efecto en compañía de su familia y de otros que quisieron seguirle y habiendo llegado todos a la mision, fueron recibidos por el padre Luyando con la estimacion y amor que convenia á tan grande fervor. Sus hijos prqueños fueron bautizados aquella misma tarde por el temor de las viruelas, que ya comenzaban á hacer estragos, y los adultos fueron alistados entre los catecúmenos al dia siguiente, tanto para hacer instruidos desde aquel dia, cuanto para ser sustentados á expensas del misionero todo el tiempo que durase su instruccion, segun la práctica de aquellas misiones. A pocos dias murió una hija pequeña del fervoroso catecúmeno, y se enfermaron su mujer y un hermano suyo. El padre temia que esta desgracia fuera en ellos una fuerte tentacion contra la fe; pero al contrario, se manifestaron mas empeñados en instruirse y mas deseosos del bautismo, á ejemplo de su conductor. Este se bautizó primero, tomando el nombre de Cristóbal, que tanto le convenia, y después siguieron los otros. Todos, segun se estilaba en aquellas misiones, permanecieron allí después de su bautismo algunas semanas, en cuyo tiempo dió Cristóbal tales ejemplos de virtud, que el misionero no cesaba de dar gracias al Señor, y le proponia á los restantes neófitos como modelo de la vida cristiana. Al marchar á su país prometió al misionero que no perdonaria diligencia ni trabajo para reducir al cristianismo á todos los de su tribu, y aun de las vecinas. Efectivamente, á pocos dias volvió con una multitud de sus parientes para hacerlos cristianos, y de este modo poco á poco los fué atrayendo á todos, aun á los viejos y guamas, los cuales no podian resistir á la eficacia de la gracia divina que les hablaba por boca de Cristóbal. La conversion de esta tribu activó la propagacion del Evangelio por toda la costa hácia el Norte.

§ XVIII.

REVÉS DE LA MISION. RESOLUCION TOMADA, Y FRUTO DE ELLA.

Este placer del padre Luyando fué amargado por una tribulacion que después acarreó grandes ventajas á la mision. Los feroces bárbaros de algunos países setentrionales, indignados contra el cristianismo, cayeron improvisamente sobre una tribu cristiana, mataron una muchacha y un viejo y echaron á los demás, los cuales espantados huyeron á Kadakaaman. Los cristianos de algunas tribus se preparaban á vengar aquel atentado; pero el padre temiendo que con esto se encendiese una guerra interminable, los apartó de su resolucion, exhortándolos á sufrir con paciencia aquellas ofensas como buenos cristianos. Creia que este ejemplo de generosa paciencia por parte de los neófitos contribuiria á que sus enemigos se afisionasen al cristianismo, y con este fin les envió una embajada con algunos regalos; pero la experiencia le hizo ver que en tales circunstancias no era aquel el modo de ganar á los bárbaros. Ellos se persuadieron que la embajada y los regalos eran efectos del temor que sus armas habian causado al misionero y sus neófitos, y con este motivo se hicieron mas insolentes y atrevidos, asaltaron otra tribu cristiana, la echaron del lugar en que moraba, le robaron sus pobres muebles, y amenazaron de hacer lo mismo en Kadakaaman.

El padre Luyando viendo atemorizados á sus neófitos, no teniendo consigo mas que dos soldados, y no pudiendo hacer venir prontamente la tropa de Loreto, distante mas de setenta leguas, tomó el consejo del padre Sestiaga, como mas versado en aquel país y con aquellas gentes. Este padre gobernaba entonces en la mision de Guadalupe por ausencia del padre Helen, y habiendo ido á Kadakaaman, determinó allí, de acuerdo con el padre Luyando, que ante todas cosas se implorase la proteccion del Señor en una piadosa novena á la Santísima Trinidad con asistencia de toda aquella gente, y después se enviase una corta, pero bien armada partida de neófitos contra los salvajes, no para destruirlos, sino para cogerlos y castigarlos. Con este fin fueron convocadas á Kadakaaman todas las tribus cristianas de la mision, y se comenzaron los preparativos de la guerra con grande aparato y rumor, al uso de aquel país, tanto para alentar á los neófitos acobardados como para amedrentar á los enemigos engreidos. Se fabricó una gran cantidad de arcos y flechas, y se hicieron muchas lanzas nunca vistas en la península, armadas algunas con cuchillos en vez de hierro y endureciendo al fuego las puntas de otras. Los dos soldados españoles ayudados por los indios hicieron hasta trescientos escudos de cuero. Aun las mujeres tuvieron que hacer en tales preparativos, ajustando las suelas para los cacles de los guerreros, tostando el maíz para sus provisiones y tejiendo redes para llevarle.

Terminados los preparativos se pasó revista de la tropa, y se hallaron casi setecientos hombres de guerra; pero no habiendo víveres para todos, se escogieron trescientos y cincuenta de diversas tribus. Entre aquellos bárbaros se acostumbraba que para ir á la guerra cada tribu nombraba su capitan que la mandase con absoluta independencia de los otros, lo cual debia serles muy pernicioso por la contrariedad de las determinaciones inevitables entre tantos caudillos. Para evitar estos desórdenes se les previno que la tropa debia marchar á las órdenes de solos dos capitanes, ambos de su nacion, avisados, valientes y prácticos en el terreno, los cuales se pondrian de acuerdo en sus determinaciones, y que el uno debia ser electo por ellos y el otro por los misioneros. Los indios eligieron al que entre ellos tenia mas reputacion, y los misioneros por su parte nombraron al gobernador de Kadakaaman, que era un jóven vivo, criado por el padre Ugarte y educado en Loreto. La instruccion que se dió á los capitanes fué de que no matasen á nadie sino en caso de ser necesario para su defensa, cuya instruccion fué puntualmente ejecutada, como veremos.

Habiendo recibido la tropa en la iglesia la bendicion de los misioneros, marchó contra el enemigo llevando por estandarte la insignia de la santa cruz. El capitan gobernador mandó anticipadamente sus exploradores, é informado por ellos de que los enemigos se hallaban en la falda de un monte, se les aproximó de noche, y formándoles un cerco al rededor, los fué estrechando poco á poco y con mucho silencio para no ser sentido. La mañana siguiente todos á un tiempo y con aullidos espantosos, segun su modo de pelear, cayeron sobre los enemigos, los cuales al principio tomaron las armas para defenderse; pero viendo que sus fuerzas eran muy inferiores, se rindieron todos, á excepcion de dos que pudieron escapar. Cogidos sin dificultad en número de treinta y cuatro y bien atados, fueron llevados á Kadakaaman. El ejército victorioso se dirigió á la iglesia á dar gracias al Altísimo porque le habia concedido la victoria sin derramamiento de sangre y aun sin disparar una flecha. El dia siguiente se cantó una misa con la mayor solemnidad posible en accion de gracias á la Beatísima Trinidad. Después reunido el pueblo en un lugar conveniente se erigió un tribunal en que tomaron asiento como jueces los dos soldados españoles y el indio gobernador. Presentados allí los prisioneros, examinada su causa y convencidos de homicidio y hurto, los jueces, que en todo estaban de acuerdo con los misioneros, declararon que siendo los delincuentes reos de muerte, debian ser llevados á Loreto, porque ninguno mas que el capitan del presidio podia condenar á tal pena. Los reos, sobremanera contristados con su suerte, fueron vueltos á la prision, y aquellos nuevos y aun rudos cristianos se alegraban de la muerte de sus enemigos. Entonces los misioneros, que entre tanto se habian estado en su casa, fueron á ver á los prisioneros para consolarlos y asegurarles que escaparian de la muerte, y no contentos con llevarles esta tan alegre nueva, les hicieron muchos regalos, y después reprendieron severamente á los neófitos su vituperable alegría, dándoles algunos consejos útiles acerca de la caridad cristiana.

El dia siguiente se volvió á abrir el juicio á instancias públicas de los misioneros, los cuales llevaron consigo algunos indios para que con ellos suplicasen á los jueces que revocasen su sentencia, no condenando á los reos á muerte y no enviándolos á Loreto. Presentados estos de nuevo al tribunal, fueron condenados, ya no á morir, sino á sufrir un gran número de azotes. Se comenzó efectivamente á ejecutar esta pena en el reo principal; pero después de algunos azotes se volvieron á presentar los misioneros, interceciendo ante los jueces á fin de que cesase el castigo de aquel reo y se les perdonase á los restantes. Así lo hicieron, contentándose con dar á los mas principales de los vencedores algunas armas de los vencidos.

El fruto de esta moderacion cristiana fué muy grande, porque los neófitos quedaron mejor instruidos y los gentiles muy aficionados á los misioneros y á su ley, que mandaba el amor á los enemigos. Estos fueron de propósito detenidos algunos dias, para que mirando el órden de la mision y la caridad y dulzura con que los neófitos eran tratados, se moviesen á abrazar el cristianismo. Efectivamente, suplicaron á los misioneros que los bautizasen juntamente con sus hijos que llevaban consigo; pero los misioneros no condescendieron por aquella vez, para probar su constancia y avivar sus deseos. Partieron pues desconsolados para su país; pero de medio camino se volvieron á suplicar que al menos fuesen bautizados sus chiquillos. Lo fueron en efecto, á excepcion del hijo del homicida principal, el cual volvió á irse muy desconsolado; mas á poco tornó á decir llorando á los misioneros, que le diesen la muerte si querian, con tal que su hijo fuese bautizado. Los misioneros, que no habian negado el bautismo al hijo sino para probar la constancia del padre, le bautizaron por fin, y aquel bárbaro se fué contento. A pocos meses volvieron á Kadakaaman todos los prisioneros, trayendo á sus familias, á sus parientes y aun á aquellos ancianos que por su debilidad no podian caminar, á instruirse en la doctrina cristiana y recibir el bautismo, como se hizo con grande júbilo de todos.

No fué este el único fruto de aquella victoria.

La fama de ella, que se esparció por casi toda la península, abatió el orgulllo de los gentiles, les inspiró una alta idea de la religion que predicaban aquellos extranjeros y activó en los años siguientes su conversion. Mas el padre Luyando, después de cuatro años de una vida tan laboriosa, se vió precisado por sus graves enfermedades á dejar una mision que habia fundado con sus bienes, con su celo y con sus trabajos.

§ XIX.

MUERTE DE LOS PADRES PÍCCOLO Y JUAN DE UGARTE. ESTADO DE LAS MISIONES.

Mientras el cristianismo se propagaba tan felizmente hácia el Norte, tuvo la California dos grandes pérdidas en la muerte de los dos mas antiguos y famosos misioneros. El padre Francisco María Píccolo y el padre Juan de Ugarte. El primero murió en Loreto el 22 de febrero de 1729 á los setenta y nueve años de su edad, y después de cuarenta y seis de tareas apóstolicas en las misiones de Taraumara, Sonora y California. El segundo, tan benemérito de esta península, murió en 29 de diciembre de 1730 en su mision de San Javier. Los treinta años que vivió en la California valieron por un siglo, si se considera lo que hizo en servicio de Dios y en favor del país y de aquellas naciones. Las vidas de estos dos hombres tan amados de Dios se publicaron en Méjico en relaciones particulares, y el menologio de aquella provincia hace honorífica mencion de ellos.

Las misiones de la parte austral no iban tan bien como las de la setentrional. Sus neófitos se veian frecuentemente molestados por los muchos gentiles que aun habia en ellas, y algunos á causa de su inconstancia se disgustaban fácilmente de la vida cristiana é inquietaban á los que vivian tranquilos en la fe. En 1723, cuando estaban recien establecidas las misiones de la Paz, los Dolores y Santiago, fué necesario que el capitan gobernador de la península visitase con gente armada el país, para poner miedo y contener la inquietud. Lo mismo hizo en los años de 1725 y 29. Los misioneros para impedir los males que temian no hallaban mas remedio que multiplicar en aquel rumbo las misiones. Sus deseos fueron secundados por la inagotable liberalidad del marqués de Villapuente y de su prima y cuñada doña Rosa de la Peña. El marques exhibió el capital para una mision que debia fundarse cerca del cabo de San Lucas, y doña Rosa, para otra que se habia de establecer en el puerto de las Palmas, donde antes habia estado la de Santiago.

Entonces era en Méjico procurador de la California el padre José de Echeverría, el cual habiendo sabido que un buque de la colonia se habia perdido con las provisiones que llevaba, marchó á Sinaloa en octubre de 1729 á comprar otro y á solicitar nuevas provisiones. Cuando se ocupaba en este negocio, recibió una carta del provincial en que le hacia saber que el padre general Miguel Angel Tamburini le creaba visitador general de todas las misiones pertenecientes á la provincia mejicana. Queriendo comenzar su visita por la California, se dirigió á Loreto, y de allí á las siete misiones entonces mas setentrionales de la península. Los progresos que en ellas notó le causaron tanto gusto y edificacion, que en una carta que á pocos dias escribió de Loreto á Méjico, se explica de este modo: "Todas las " incomodidades y trabajos de este viaje se pue- " den sufrir de buena gana por tener el consue- " lo de ver el fervor de este nuevo y feliz cristia- " nismo. No se pueden contener las lágrimas " al oir las alabanzas divinas de la boca de estos " pobres indios, que poco ha no conocian á Dios. " Gracias á su infinita misericordia, no solamen- " te hay hoy mas de seis mil personas bautiza- " das en estas siete misiones, sino que creo que no " hay un niño de los que ya saben hablar que no " tenga bien sabida la doctrina cristiana."

§ XX.

MISION DE SAN JOSÉ DEL CABO. ES DESTINADO Á ELLA EL PADRE TAMARAL.

Habiendo vuelto á Loreto el visitador, se embarcó allí para ir á visitar las misiones meridionales y plantar entre los pericúes las dos proyectadas, á saber: la de San José en el cabo de San Lucas, y la de Santa Rosa en el puerto de las Palmas. Para la primera fué destinado el padre Nicolás Tamaral, que ya habia establecido con mucho fruto la de la Purísima, y en la segunda debia emplearse el padre Segismundo Taraval, que aun no habia llegado de Méjico. Se embarcaron pues el visitador y el padre Tamaral, dirigiéndose primero á la Paz, donde entonces estaba de misionero el padre Guillermo Gordon, escocés, y después á Santiago, donde cuatro años antes habia sucedido al padre Nápoles el padre Lorenzo Carranco. De aquí pasaron al cabo de San Lucas, término meridional de la península, y escogieron allí cerca de una pequeña laguna el lugar que les pareció mas á propósito para el establecimiento de la nueva mision de san José, la que llamaron *San José del Cabo*, para que se distinguiese de la de San José de Comondú. Fabricaron, segun costumbre, dos cabañas, una que debia servir de iglesia y otra de habitacion para el misionero, ambas formadas de palmas, que allí abundaban mucho, y techadas con cañas y heno. En las tres semanas que se detuvo allí el visitador, apenas comparecieron veinte familias de gentiles. Preguntados estos dónde estaban los otros que en tan grande número habia visto el año anterior el capitan del presidio, respondieron que todos habian muerto en una epidemia. Esta respuesta era falsa, como se vió después, porque apenas habia partido el visitador con los soldados que le acompañaban, cuando comenzaron á venir los indios en tropas numerosas. El verdadero motivo de su ocultacion, segun ellos declararon después, era que habiendo ejercido algunas hostilidades contra los neófitos de Santiago y de la Paz, temian que los soldados hubiesen venido á castigarlos.

El padre Tamaral después de haber consagrado á Dios las primicias de la mision en el bautismo de un crecido número de párvulos, celebrado el sábado de Gloria del año de 1730, y después de haber alistado á muchos adultos entre los catecúmenos, se puso á buscar un lugar mas á propósito para la mision, porque aquel en que se habia plantado al principio era muy caliente, muy abundante en moscos y otros insectos perniciosos, y debia ser tambien mal sano por hallarse encerrado entre dos montes. Hallado el lugar á dos leguas del mar, trasladó la mision, edificó la iglesia y casa, congregó en dos poblaciones diversas tribus de salvajes sacadas de los bosques, y se dedicó con tanto celo á su conversion é instruccion, que en el primer año bautizó entre párvulos y adultos mil y treinta y seis, lo cual es tanto mas admirable cuanto menos dispuestos estaban aquellos salvajes á abrazar el cristianismo. Además de lo que acerca de esto hemos dicho en otra parte, contribuirá á conocerlos mejor lo que escribió este celoso misionero al marqués de Villapuente. "Es, dice, sumamen- " te difícil reducirlos á que dejen el gran núme- " ro de mujeres que tienen, porque entre ellos " es muy numeroso el sexo femenino. Basta " decir que los hombres mas ordinarios tienen " cuando menos dos ó tres. Este es el obstácu- " lo mas invencible tanto para los hombres como " para las mujeres, para estas, porque se ven re- " pudiadas de sus maridos, no hallando quien las " quiera, y para aquellos, porque cuanto mayor " es el número de sus mujeres, están tanto me- " jor servidos y provistos de todo lo necesario, " pues yacen en un ocio perpetuo á la sombra " de los árboles, y sus mujeres trabajan bus- " cando en los bosques las raíces y frutas silves- " tres de que se alimentan, y cada una procura " llevar al marido lo mejor que encuentra, para " ganarle el afecto con preferencia á las otras. " Es pues un milagro de la divina gracia conse- " guir que estos hombres perezosos y acostum- " brados á una vida bestial, se resuelvan á con- " tentarse con una sola mujer, á buscar los ali- " mentos para sí mismos y para sus hijos y á te- " ner una vida racional."

§ XXI.

LLEGA Á LA CALIFORNIA EL PADRE TARAVAL. GOBIERNA OTRAS MISIONES Y PLANTA LA DE SANTA ROSA.

El padre Segismundo Taraval, destinado á la proyectada mision de Santa Rosa, llegó á Loreto en mayo del año de 1730. Era nativo de Lodi, ciudad de Lombardía, donde estuvo su padre don Miguel Taraval, teniente general de los reales ejércitos de su majestad católica. Al volver este caballero á España, llevó consigo á su hijo, el cual á los diez y ocho años de edad entró en la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo. Cuando estudiaba filosofía en Alcalá, impulsado del deseo de emplearse en la conversion de los gentiles, pasó á Méjico con permiso de los superiores, y concluidos sus estudios, fué enviado de allí á la California. Trabajó con mucho celo veintiun años en diversas misiones de esta península, empleando en el estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, como lo habia hecho siempre. En 1751 fué á residir á Guadalajara, capital de la Nueva Galicia, en donde en los doce años que allí permaneció, fué siempre consultado de toda clase de personas por su mucha subiduría y erudicion en las materias teológicas y canónicas. En su muerte acaecida en 1763, dejó muchas obras manuscritas, de las cuales ví yo doce volúmenes en la librería de los jesuítas do aquella ciudad, é hice copiar algunas.

Como cuando él llegó á la California habia algunas graves dificultades que vencer para plantar la mision de Santa Rosa, fué enviado primero á la de la Purísima, que dejó el padre Tamaral. Después en 1732 se le encargó la de San Ignacio, mientras su misionero el padre Sestiaga hacia como superior la visita de todas las otras misiones. Pocos meses después de su llegada á Kadakaaman se le presentaron algunos indios habitantes de unas islas del mar Pacífico, á suplicarle que fuese á su país á visitar y hacer cristianos á sus parientes. Resolvió darles gusto, pero envió antes algunos exploradores á que se informasen de las disposiciones de aquellos isleños, y entre tanto hizo algunos pequeños preparativos para el viaje. Habiendo salido de Kadakaaman, caminó seis dias por la costa hasta un cabo desde donde se veian las islas, de las cuales la mas cercana distaba casi siete leguas. Para navegar aquel trecho, no teniendo bastimento, formó una balsa con los leños que allí se hallaron. La primera isla, llamada *Afeguá*, ó sea isla de los pájaros, apenas tiene media milla de larga, es estéril, falta de agua y despoblada; pero hay en ella una gran cantidad de pájaros, por cuyo motivo le pusieron los indios aquel nombre. Además de las especies conocidas, vió en ella el padre Taraval dos nuevas: la primera de ciertos pájaros negros mayores que un gorrion, los cuales de dia se van